Gratitud cubana a la República española

LUIS TOLEDO SANDE
Consejero cultural de la Embajada
de Cuba en Madrid

Estas páginas son esencialmente la continuación de las que escribí para las Quintas Jornadas sobre la Cultura de la República. La conmemoración, aún reciente en aquellos días, del aniversario setenta de la muerte de Pablo de la Torriente Brau, caído cerca de Majadahonda el 19 de diciembre de 1936, me animó a recordar la presencia de cubanas y cubanos entre los defensores de la República agredida y finalmente asesinada por fascistas. Y mi intervención en las Sextas Jornadas tiene como propósito central agradecer lo que esa República significó en particular para Cuba. De entrada, desde su proclamación en 1931 le resultaría atractiva a la vanguardia revolucionaria cubana, que podría asociarla a las necesidades de lucha y de transformación propias.

Se ha reconocido que la participación cubana en las tropas internacionales que la defendieron contra la sedición fascista fue la mayor de la América Latina y, proporcionalmente, quizá del mundo, comparada con la población del país; y es aún más significativa si se tiene en cuenta la lejanía geográfica entre Cuba y España. Sin embargo, Cuba no fue el país latinoamericano que más emigrados republicanos acogió. Es sabido que ese mérito le cupo a México, gracias en buena medida a la solidaridad con el pueblo español y su República por parte del presidente de entonces, Lázaro Cárdenas, partícipe y heredero de una Revolución que hoy no parece recordarse ni tanto ni tan bien como ella merece, aunque fue pionera en el siglo XX y, como la cubana en la segunda mitad de esa centuria, se expresó en español, algo sobre lo cual volveremos.

Cuando tenía lugar el éxodo o destierro que –ocurrido a mitad de camino entre las revoluciones mexicana y cubana– desangró a España, la política oficial en Cuba, como ocurrió en general hasta el triunfo de la segunda de esas revoluciones en 1959, no era nada afín a la noble causa española. En 1936 dicha política no se definía por la continuidad del ímpetu con que la movilización popular derrocó al tirano Gerardo Machado tres años antes. Ese hecho preparó el camino para el Gobierno «de los cien días», calificado de revolucionario, sobre todo por la actuación en él del líder antiimperialista Antonio Guiteras.

La dominación que el imperialismo estadounidense ejercía desde la intervención de 1898 –que tuvo al cabo la humillada complicidad de la Corona española– se basó en el lacayismo de los sectores vernáculos más enriquecidos, objetivamente contrarios a la independencia nacio-

nal, pues temían el ímpetu emancipador de los más humildes. Y cuando la República española sufría los embates fascistas, ya el Gobierno de los Estados Unidos manejaba en la isla los servicios de un testaferro tristemente célebre, Fulgencio Batista, cuyo ascenso estuvo vinculado al asesinato de Guiteras en 1935.

En los primeros planos, o en los hilos menos visibles del poder, Batista calzaría los designios del imperio con tácticas oportunistas y demagógicas, costosísimas a veces para fuerzas de izquierda que cayeron en las trampas de una mal entendida unidad nacional frente a determinados conflictos internacionales, como la lucha contra el nazifascismo. Llegado el momento, el testaferro del imperio emplearía represalias violentas y criminales, émulas de las que en España practicó el caudillo de la sedición antirrepublicana, craso ejemplo de lo que hoy –con acierto o erróneamente, con honradez o manipulación mediante– suele llamarse terrorismo. La calaña del sátrapa cubano se evidenció aún más con su golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. A partir de ese momento se reforzó en el país el salvajismo político que tuvo como respuesta una también creciente rebeldía popular. En ella se ubican los sucesos del 26 de julio de 1953, la lucha insurreccional –precedida por el desembarco del Granma el 2 de diciembre de 1956– y la victoria revolucionaria del 1 de enero de 1959.

El tratamiento oficial a los emigrados de la República española lo condicionaron los intereses imperialistas de los Estados Unidos y, en consecuencia, la política oportunista de los vicepoderosos nativos, representados por el cabecilla Batista y sus acólitos en el servicio a tales intereses. Pero no se podía soslayar el respaldo que en el pueblo cubano suscitaban la República y su exilio. Rosa María Pardo Sanz ha escrito que, en su mayoría, «la sociedad cubana se decantó en favor del Gobierno legal republicano», y «la izquierda y el grueso de la intelectualidad» fueron especialmente activos en ese apoyo. «Con el otro bando sólo se alinearon ciertos medios económicos (algunos hacendados, comerciantes, abogados e industriales) y círculos políticos conservadores muy restringidos». La propia autora sostiene:

> Fuentes oficiales franquistas estimaban que más del 95 por 100 de la sociedad cubana era contraria a su causa. Seguramente porque los grupos que en otras repúblicas americanas constituían el grueso de los simpatizantes de Franco, en Cuba no tenían tanta relevancia: la iglesia católica era poco influyente tras la independencia, la oligarquía terrateniente estaba mucho más vinculada a los Estados Unidos y los ideales nacionales cubanos eran opuestos a lo que el nacionalismo franquista representaba[1].

Mientras tanto, las relaciones oficiales con la República española y sus emigrados, o desterrados, pasaron por una urdimbre política en la que intervenían las tácticas de los Estados Unidos para encarar, cuando conviniera a su expansionismo en despliegue, la emergencia del fascismo en Europa, en el cual se inscribían las fuerzas que en España, ayudadas por sus compinches de Alemania y de Italia, asesinaron la República. Por su parte, los gobernantes estadounidenses esgrimirían las banderas de la lucha contra el totalitarismo, pero habría que precisar que lo hacían *contra los otros totalitarismos*. Potencia en crecimiento, desde finales del siglo XIX esa nación pugnaba –terrorismo mediante, incluido el de Estado– por imponerle al mundo el poder hege-

---

[1] R. M.ª Pardo Sanz, «Antifascismo en América Latina: España, Cuba y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial», *EIALC. Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. VI, 1 (1995) [www.tau.ac.il/eial/VI_1/sanz.htm].

mónico, *totalitario* y *fundamentalista* si los hay, que hoy ostenta con mayor desfachatez que nunca antes.

En otras palabras, se trata del modo de dominación imperial que ahora suele campear como una de las equivalencias privilegiadas de *globalización*. El fascismo no es una anomalía del sistema capitalista, ni un mecanismo exclusivo de una tradición cultural, un área geográfica o una etapa cronológica determinadas, sino un recurso orgánico y potencialmente planetario del capitalismo para salvaguardar sus intereses. Puede llevarse a cabo con diversas banderas, incluida la agitación de conflictos entre civilizaciones, o entre credos religiosos.

Explícitas o disimuladas, las preocupaciones oficiales cubanas y estadounidenses con respecto a la República española y su diáspora no soslayarían el ejemplo que, para los hijos de una República mediatizada, venían de la lucha anticolonialista y antimonárquica protagonizada por quienes en la otrora metrópoli combatían en pos del triunfo de una República plena. Añádase el peso de la ideología de esa República y, por tanto, de sus defensores: una ideología heterogénea, pero revolucionadora, y en no pocos casos nutrida de un afán socialista que desde 1917 había dejado de ser una mera aspiración teórica en el mundo. Por tanto, se explican las reticencias y cortedades, o escollos rotundos, que la política oficial en la entonces neocolonia estadounidense puso en acción con respecto a los republicanos españoles. Con todo, no fueron pocos ni de escasa significación los emigrados de la República española que más o menos prolongadamente –y en muchos casos de forma definitiva– carenaron en Cuba, aunque el caso de ésta no sea comparable con el de la patria de Juárez, donde contribuyeron a la creación del célebre Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica, y cuya emblemática Universidad Autónoma se ha calculado que «llegó a tener un sesenta por 100 de profesores españoles»[2].

Sin la posibilidad de rebasar los modos historiográficos más seductores y privilegiados –los que se concentran en las individualidades relevantes, no en «la gente sin historia»–, cabe citar numerosos nombres de profesionales destacados que, provenientes del exilio español, beneficiaron a Cuba. Lo hicieron incluso desde otras tierras. Recordemos, por ejemplo, la colaboración intelectual brindada desde México a la Revolución cubana por Adolfo Sánchez Vázquez, cuyo futuro en el campo de la filosofía tal vez no se vislumbraba cuando tuvo que abandonar España. Entonces dejó tras sí algunos poemas como el que he visto en una reciente antología de poetas de la República. Hacer un inventario de profesionales españoles relevantes que pasaron por Cuba o se establecieron en ella, o que en ella se desarrollaron, no es el propósito –ni la posibilidad– de estos apuntes; y tampoco es su tarea. A compendiar ese inventario han contribuido otros autores[3].

Entre las razones de utilidad de ese trabajo se halla, o por amplitud de miras en cuanto a lo científico, o por un voluntario desbordamiento de los límites trazados en el título, el hecho de que el inventario de republicanos españoles se extiende también a otros campos. El texto recuerda, por ejemplo, la vinculación con Cuba de poetas como Juan Ramón Jiménez, Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. En cuanto a profesionales de áreas propiamente científicas, va-

---

[2] F. Santos, *Exiliados y emigrados: 1939-1999*, Cuadernos de Fundación Españoles en el Mundo, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Instituto Cervantes en red [www.cervantesvirtual.com].

[3] En lo relativo fundamentalmente a científicos, un buen aporte se halla en un artículo de A. Alted Vigil (de la UNED) y R. González Martell (de la Casa del Escritor Habanero): «Científicos españoles exiliados en Cuba», en *Revista de Indias* LXII, 224 (2002), pp. 173-194 [www.revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewFile/463/531]. A lo resumido en el cuerpo del texto se añaden las sesenta y tres notas que, nutridas de copiosas referencias bibliográficas, mechan la veintena de páginas del artículo en la *Revista de Indias*.

lora en especial a médicos. Los de otras disciplinas no tendrían mayor cabida en un país de escaso desarrollo científico-técnico, algo que también podría decirse del país de donde ellos procedían. Algunos, como el eminente hematólogo Gustavo Pittaluga, llegó a la isla con un nutrido currículo internacional; otros crecieron profesionalmente o acabaron de formarse en suelo cubano, como Javier Fernández de Castro: tuvo que recomenzar sus estudios de medicina, porque las contingencias de la Guerra Civil y de la salida al exilio le impidieron tener consigo la acreditación de los tres años de la carrera cursados en España. En general, los médicos españoles establecidos en Cuba tuvieron que revalidar sus títulos, ya fuera por requerimientos básicos de una profesión asociada a la salvación de vidas, o por la exigencia –y el negocio– de los correspondientes colegios. Pero el hecho podría también vincularse con las insuficientes facilidades que oficialmente se les ofrecían. Pittaluga siguió ejerciendo la medicina tanto asistencialmente como en la divulgación de su especialidad, a lo que dedicó publicaciones y conferencias hasta su muerte en La Habana en 1956. Fernández de Castro fue uno de los médicos que dieron un valioso aporte al país cuando éste se quedó sin el concurso de los numerosos profesionales de la medicina que a raíz del triunfo revolucionario de 1959 optaron por mayores ganancias materiales y renunciaron a participar en el desarrollo, sin precedentes, que la Salud Pública tendría desde entonces en Cuba. En 1949 estuvo entre quienes fundaron la Sociedad Cubana de Alergia –especialidad en la cual brilló dentro y fuera de la isla–, y en 1959 fue uno de los fundadores del Hospital Nacional Docente Enrique Cabrera, donde ejercieron y se formaron numerosos y eminentes médicos. Alted Vigil y González Martell señalan que «en 2001 aún continuaba sus labores como médico y profesor», y que en ese año el Ministerio de Salud Pública le rindió homenaje por haber trabajado «cincuenta y siete años como médico y cuarenta y dos años como jefe del Servicio de Alergología» del mencionado hospital.

Otro caso de médico llegado a Cuba como exiliado republicano fue el odontólogo Luis Amado-Blanco, a cuyos valores propios se añaden en este recordatorio dos circunstancias por las cuales también resulta pertinente recordarlo a propósito de Pittaluga y de Fernández de Castro: dedicó numerosos textos a valorar la trayectoria del primero, y era cuñado del segundo. Pero la importancia de Amado-Blanco para Cuba desborda el hecho científico y cualquier eventualidad. Se le debe una valiosa obra literaria, publicada tanto en su país natal como en el adoptivo, al que se incorporó y honró en plenitud. En Cuba hizo vida y familia, desarrolló gran parte de su quehacer periodístico y teatral, y fue respetado y premiado. Él, por su parte, le brindó los servicios de su inteligencia y de su condición humana, y tras el triunfo de la Revolución fue su embajador en Portugal en 1961, y, desde 1962 hasta su muerte en 1975, en la UNESCO y en el Vaticano. Durante los seis años finales de su misión en esta última plaza fue el Decano del Cuerpo Diplomático acreditado en ella.

Los ejemplos de Fernández de Castro y de Amado-Blanco son apenas dos de los numerosos que muestran la integración de republicanos españoles en la vida de Cuba desde antes del triunfo de la Revolución. Cuando ésta se produjo, empezaría a darse para ellos un ambiente propiciatorio que no se limitó a circunstancias institucionales y personales. Pero sería harto injusto olvidar lo que para ellos representó la acogida que les brindaron, entre otros organismos, la Institución Hispano-Cubana de Cultura, la Escuela Libre de La Habana –en cuya fundación participaron activamente varios de ellos–, la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana, el Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y de Ampliación de Estudios –que se constituyó por acuerdo del Consejo Universitario de la Universidad habanera–, el Lyceum, el programa radial Universidad del Aire y algunas publicaciones. Gracias al concurso de unas y de

otros pudieron ofrecer sus conocimientos y lograr alguna remuneración, tan necesaria en sus circunstancias.

En esa acogida intervendría el empeño personal de intelectuales como Fernando Ortiz, fundador y director de la Hispano-Cubana; Juan Marinello, quien estuvo junto con otros compatriotas en el Congreso de Intelectuales Antifascistas de 1937; José María Chacón y Calvo, quien, además de ser un gran hispanista, empleó sus oficios de diplomático cubano en España durante la República para ayudar a Pablo de la Torriente Brau; Emilio Roig de Leuchsenring, activísimo historiador y promotor de investigaciones desde la Oficina del Historiador de la Ciudad, que él dirigía; Jorge Mañach, el eminente director de Universidad del Aire. En 1947 se creó la Universidad de Oriente, la segunda del país, reconocida oficialmente dos años más tarde. Alted Vigil y González Martell refieren que en ella, aunque con «un vínculo [...] ocasional», pudieron ejercer por medio de conferencias o cursillos, entre otros, algunos emigrados españoles de la relevancia de Américo Castro, José Gaos, Manuel Altolaguirre, Alejandro Casona, Wenceslao Roces, Fernando de los Ríos, Gustavo Pittaluga y María Zambrano. Los investigadores citados apuntan que pronto otros miembros de aquel exilio integraron el claustro de la nueva Universidad: Juan Chabás, José Luis Galbe, Herminio Almendros, Julio López Rendueles, Andrés Herrera Rodríguez y Francisco Prat Puig. La integración de este último a la cultura cubana en general, y santiaguera en particular, fue de tal intensidad que se habla de él como de un cubano más. Santiago le debe y agradece muchos de sus logros urbanísticos, reconstructivos y museográficos. En esos terrenos aplicó una sólida profesionalidad, aunque a nivel popular acaso ninguno de sus aportes goce de mayores reconocimiento y popularidad que el haber señalado el sitio donde probablemente estuvo a inicios del siglo XVI la casa del conquistador Diego Velázquez. A mis amigas y amigos españoles sugiero que, ante santiagueras y santiagueros que amen con orgullo y pasión legítimos su patrimonio cultural e histórico, no osen poner en duda que la casa construida –tal vez unas cuantas décadas si no algún siglo después– en torno al presunto horno para el tratamiento de oro que el eminente arquitecto y profesor señaló como tal vez propiedad de Velázquez, no es en realidad la casa que este último habitó. Durante una visita al actual y bien dispuesto museo se me ocurrió expresar mis dudas, y pensé que no saldría con vida de allí, por la furia de una guía que hasta ese momento había sido de una cordialidad digna de aquella ciudad hospitalaria y heroica. Me dicen que ni los reclamos de prudencia de Prat Puig fueron suficientes para que no se aventuren afirmaciones desmedidas. Por otra parte, eso es algo frecuente en muchos sitios, como, *mutatis mutandis*, pudiera ocurrir en lo tocante a la Casa de Cervantes en Alcalá de Henares, o a los numerosos brazos de San Jorge y cálices de la última cena de Cristo que se calculan diseminados por catedrales del mundo.

Además de ser garantía de altura para la Universidad de Oriente desde que se creó, los profesores españoles ubicados en ella dieron aportes –como antologías, libros de texto y otras publicaciones– que contribuyeron en general al desarrollo pedagógico del país. Las ideas de aquellos profesores, y la cercanía de la nueva Universidad a las montañas donde se desarrollaría la lucha insurreccional contra la tiranía de Batista, propiciaron que la labor de algunos de ellos rebasara los lindes académicos.

En ese centro docente estudiaron los hermanos Frank y Josué País, destacados combatientes urbanos que murieron en acciones armadas en la misma ciudad de Santiago de Cuba, y Vilma Espín –fallecida hace poco– y Asela de los Santos, quienes se unieron al Ejército rebelde en el Segundo Frente Oriental, comandado por Raúl Castro y distinguido precisamente con el nombre de Frank País. A ese frente, en plena campaña, viajaron los profesores Almendros y López

Rendueles, y contribuyeron al desarrollo escolar propiciado por la guerrilla revolucionaria en sus campamentos y en la población campesina circundante. El segundo de ellos, químico, instruyó a los combatientes sobre maneras de preparar armas. Desde luego, la ayuda que a los revolucionarios cubanos brindaron sus compañeros españoles les parecerá muy mal a los enemigos de la Revolución cubana y, casi por consiguiente, de la herencia republicana española. Uno de esos enemigos –de cuyo nombre no quiero acordarme– ha arremetido sañosamente contra dichos profesores. Sin embargo, para referirse en particular a uno de ellos, no rebasa los límites de la reticencia: «y el "profesor" Montiel», escribe, rematando una enumeración, sin mencionar siquiera el nombre de pila del aludido. Se quedaría uno con las ganas de saber el porqué del alfilerazo si no fuera por el dato que Alted Vigil y González Martell aportan en la nota 5 de su artículo citado: Félix Montiel «pasó de militante del Partido Comunista a delator al servicio del Buró de Actividades Anticomunistas (BRAC) y se opuso a algunos de sus compañeros». Tal vez el Montiel colaborador del BRAC fue cómplice de represalias o torturas en el ámbito personal o familiar del bilioso contrarrevolucionario, o, siendo profesor, le suspendió a este algún examen; pero ambos acabaron unidos en el anticomunismo y en la abyección.

En general, lo esbozado en lo que va de estas cuartillas concierne a la huella de republicanos españoles en la cultura cubana vista desde ángulos diversos, con la política como centro de fuego. Lo relativo a esa huella en la cultura artística y literaria –área que a menudo suele llamarse, con sectarismo gremial, *la cultura*– merece un comentario aparte, aunque ya se haya rozado aquí. Entre los españoles que tuvieron en Cuba una escala en su tránsito hacia paraderos más estables, baste mencionar a dos de los que a su paso por la isla dejaron una marca perdurable: la María Zambrano que halló en el país caribeño nada menos que su *patria prenatal;* y el Juan Ramón Jiménez a quien se debe una de las más alumbradoras revelaciones españolas sobre Martí, y que, junto al cubano José María Chacón y Calvo y la dominicana Camila Henríquez Ureña, preparó la antología *La poesía cubana en 1936.*

Manuel Altolaguirre residió por más tiempo en Cuba, a cuya cultura dio un aporte memorable. Una concentrada valoración de conjunto sobre su labor en La Habana la hizo en 2005 el poeta e investigador cubano Jorge Domingo Cuadriello[4], aunque se quede uno sin saber muy bien a qué se refiere el criterio de que, al estallar la contienda bélica, el redactor de la revista *Hora de España* «se había decantado a favor de la causa republicana, pero sin sustentar ideas extremistas». La explicación de su juicio parece darla el propio investigador en un artículo de 2006, también publicado en *Palabra Nueva. Revista de la Arquidiócesis de La Habana*[5]. Al eminente arqueólogo nombrado en el título, a quien volveremos a recordar, lo caracteriza en estos términos, referidos a su actitud frente al levantamiento de las fuerzas fascistas contra la República: «hombre de definidas posiciones de izquierda, que no se identificaban, sin embargo, con el radicalismo anarquista o comunista, se consideró en el deber de combatir a los sublevados y se alistó voluntariamente en el Ejército leal».

Domingo recuerda que, en La Habana, Altolaguirre tuvo «muy pronto la ayuda solidaria de sus amigos cubanos Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Juan Marinello, a quienes había conocido en [...1937 en Madrid, en el Congreso en Defensa de la Cultura], así como de Emilio Ballagas y otros escritores»; y que la acogida incluyó también la que le ofrecieron la Institución Hispano-Cubana y su director, Fernando Ortiz. Al ya aludido desempeño de Altolaguirre como conferenciante se sumó en Cuba la continuación de la intensa tarea editorial que había desa-

[4] «En el centenario de Manuel Altolaguirre» [www.palabranueva.net/contens/archivos/5_cult/0506_5961.pdf].
[5] «Francisco Prat Puig en su centenario» [http://www.palabranueva.net/contens/11/000103-4.htm].

rrollado en España. En La Habana, con ayuda financiera de la millonaria local María Luisa Gómez Mena, estableció una imprenta que bautizó con el mismo nombre de la que había tenido en España, La Verónica, de resonancias tan religiosas como taurinas, como ha recordado Zaida Capote Cruz[6] que observó Ambrosio Fornet en su artículo «Manuel Altolaguirre, el poeta-impresor», *La Gaceta de Cuba*, enero-febrero de 2006.

Momento español, volumen de ensayos de Juan Marinello significativo desde su título, apareció en julio de 1939 y fue el primer fruto de *La Verónica* habanera, que publicó asimismo –entre otras muchas obras– las novelas *Tilín García*, de Carlos Enríquez, acaso el pintor con más fibra de genio que haya dado Cuba; y *Aventuras del soldado desconocido cubano*, del periodista Pablo de la Torriente Brau; así como los *Cuentos negros de Cuba*, compilados por la destacada folclorista y etnóloga Lydia Cabrera. Imprimió igualmente revistas como *La Verónica*, guiada por el mismo impresor; *Espuela de Plata*, a cargo del poeta José Lezama Lima y de sus amigos y compatriotas Guy Pérez Cisneros (crítico de arte) y Mariano Rodríguez (pintor); *Danza*, animada por el movimiento que ya protagonizaban los bailarines y coreógrafos cubanos Alicia, Fernando y Alberto Alonso; y *Nueva España*, «la primera publicación de exiliados españoles en América».

Aunque asociado asimismo al apogeo del teatro y la pintura en Cuba, Altolaguirre brindó especial atención a su vocación mayor: la poesía, para la cual fundó dos colecciones. Una de ellas, *El Ciervo Herido*, reservada «principalmente para autores importantes ya desaparecidos» –precisa Domingo Cuadriello–, rindió homenaje, desde su nombre como colección, a los *Versos sencillos*, de José Martí, y nació con una nueva edición de ese libro, simultáneamente con *Poemas escogidos*, de Federico García Lorca. La otra colección, Héroe, se dedicó a publicar poemarios de autores cubanos vivos, y en su catálogo sobresalen Nicolás Guillén *(Sóngoro cosongo y otros poemas)*, Emilio Ballagas *(Sabor eterno)*, Regino Pedroso *(Más allá canta el mar)* y Manuel Navarro Luna *(Pulso y onda)*. Según el artículo citado, de aquella «modesta imprenta salieron [...] alrededor de doscientos títulos», de autores cubanos y españoles la mayor parte. En 1943, buscando un horizonte económico favorable, Altolaguirre se trasladó a México, pero siguió vinculado con Cuba, a la que volvería alguna vez. Roto el matrimonio con su compatriota y colega Concha Méndez, se casó con la ya nombrada María Luisa Gómez Mena, cuya nutrida relación afectiva y de mecenazgo con intelectuales ha sido materia de leyendas, y junto a la cual el malagueño sufrió en España, en 1959, el accidente automovilístico que segó la vida de ambos.

La consagración al empeño editorial –en el que tan útil fue y tantos frutos valiosos cosechó– no libró a Manuel Altolaguirre de ciertos saetazos. Junto a la belleza y la generosidad –a menudo hermanas gemelas de la humildad dignamente llevada– de los volúmenes impresos en *La Verónica*, parece que no faltaron erratas. Ninguna de ellas haría más fortuna que la que se dice que apareció en un texto de Emilio Ballagas, un poeta de verdad, no «un rimbombante y melifluo rimador», como injustamente lo llama Pablo Neruda. Inmenso poeta y no, por cierto, pequeño maledicente, en una misma crónica le agradece a su «queridísimo Altolaguirre» la colaboración de él recibida –que incluyó la impresión y el cuidado tipográfico de su revista *Caballo verde para la poesía*, editada en el Madrid republicano entre octubre de 1935 y enero de 1936–, y dice que aquél «procreaba erratas y erratones». Como ejemplo, Neruda relata que en un verso en el cual Ballagas se había declarado poseído por «un fuego atroz» que lo devoraba, un desliz del impresor lo puso a confesarse devorado por «un fuego atrás».

---

[6] «Manuel Altolaguirre y Concha Méndez en Cuba», *La Jiribilla. Revista de Cultura Cubana*, VI, 9-15 de febrero de 2008 [www.lajiribilla.cu/2008/n353_02/353_07.html].

En un meritorio libro prologado por Rafael Alberti y consagrado a hacerle justicia a Manuel Altolaguirre y su obra –*Un poeta español en Cuba: Manuel Altolaguirre. Sueños y realidades del primer impresor del exilio* (1996)–, otro autor español, Gonzalo Santonja, dedicó todo un capítulo a probar que tal errata nunca existió. El investigador cuenta que un testigo de la época y reconocido crítico, quien daba fe de haber visto la errata en su momento, se asombró cuando él, Santonja, le puso ante sus ojos el texto de la supuesta víctima, y no había tal errata. Ya porque en verdad existiera, o porque la inventara algún humorista homófobo, o simplemente fuera fruto de la picaresca intelectual y popular; ya porque lo llegado a nuestros días sea una conjetural segunda impresión del texto –pues la príncipe, según Neruda en su crónica, fue lanzada a las profundidades de la Bahía de La Habana por el autor y el editor, quienes con ese fin habrían empleado un bote–, no cabe asegurar que el empeño de Santonja tenga el éxito que él desearía y acaso hasta merezca.

Sin abundar sino un poco más en lo mucho que sería justo decir sobre la contribución de republicanos españoles a la cultura cubana, me referiré, por momentos con algunos tintes de memoria personal, a otros ejemplos de esa contribución. Ya se ha mencionado el caso de Herminio Almendros, quien tras el triunfo de la Revolución cubana continuó su labor pedagógica por caminos más amplios incluso. Dio un gran apoyo a las tareas del Ministerio de Educación, y dirigió la Editora Juvenil. Para esta última escribió o preparó libros útiles, relacionados algunos de los más sobresalientes con el legado de José Martí: en *A propósito de* La Edad de Oro. *Notas sobre literatura infantil*, tomó como base la citada revista martiana e hizo elucidaciones y replanteamientos del mayor interés acerca de la producción literaria dirigida a niños y niñas; en *Nuestro Martí* esbozó una concentrada biografía del héroe dirigida a ese público; en *Ideario pedagógico* reunió páginas martianas fundamentales sobre el tema titular. Su otrora alumna Asela de los Santos me lo ha retratado como un ser humano excelente, y como un hombre triste, muy triste. Arrastraría consigo las amarguras de la República asesinada y del destierro, y quién sabe cuántas angustias de familia. Para el autor de los presentes apuntes, Almendros se asocia a tempranos recuerdos personales, junto con otro emigrado republicano, Francisco Alvero Francés, que no se menciona en la bibliografía consultada. En mi infancia, vivida en un pequeño poblado de la entonces provincia de Oriente, y en un medio familiar de muy escasas preocupaciones librescas, Almendros y Alvero eran el binomio autoral del libro de texto *Lenguaje español*, por el que se regía en esa asignatura el Colegio Academia Regil donde cursé parte de mi educación primaria. No creo haber tenido yo entonces noticia de la República española, y mucho menos sabía quiénes eran aquellos autores, pero disfrutaba, seguramente más que los ejercicios gramaticales incluidos en los sucesivos tomos de aquel libro, la antología de grandes autores de lengua española que Almendros y Alvero intercalaban entre sus páginas.

A Almendros nunca lo traté, aunque lo vi en algún encuentro de carácter cultural. Con Francisco Alvero Francés tuve la alegría de conversar, y expresarle mis buenos recuerdos del citado libro de texto. Eso ocurrió cuando Alvero, que en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana –donde estudié– habitualmente enseñaba español a no hispanófonos, impartió un cursillo de verano para cubanos. Ya estaba cercana la fecha en que él se prepararía –como otros muchos españoles dispersos por el mundo– para volver a una España diseñada durante su larga ausencia. Recuerdo el tema del cursillo –el artículo– y la pericia con que el profesor nos lo impartió, pero también el aprieto sufrido por él en el comienzo. Para empezar, dijo que trataría sobre una partícula muy útil en el idioma español, pero no siempre bien tratada, lo que se apreciaba hasta en el hecho de que ni siquiera se le había dado un nombre que la defi-

niera claramente. Me parece estar oyéndolo: «Es como si se le pusiera el nombre de Adonis a un hombre muy feo». Ignoraba que en el aula había un holgadísimo ejemplo de lo que estaba diciendo, y mucho menos esperaría que el sadismo juvenil se encargara de señalar al mal nombrado Adonis para que el ilustre profesor lo viera. A partir de entonces era evidente que meditaba cuidadosamente los ejemplos con que ilustraba sus criterios gramaticales.

Las letras cubanas, especialmente la narrativa, se nutrieron también de un autor tan relevante como Lino Novás Calvo. Había llegado a Cuba inicialmente antes de la proclamación de la República española, de la que sería cronista. Vuelto de España a Cuba, continuó su labor periodística y literaria, y dio pruebas de que junto a su gran talento creativo actuaban en él las amarguras de su carácter y de una vida tempranamente marcada por la pobreza y, luego, por los desgarramientos que le produjeron la cruenta Guerra Civil de su patria natal y el derrocamiento del proyecto republicano. Con esa amargura emigró también de Cuba, y radicó y murió en los Estados Unidos.

Si me he referido al aporte de Herminio Almendros al conocimiento de la vida y la obra de José Martí, debo añadir que ello no sería una elección temática fortuita. A la par que la admiración personal del educador por el héroe cubano, en dicha elección resultaría decisiva la medular importancia de éste para la historia, la cultura, la vida del país. Y el estudio sobre su legado fue también objeto de preferente atención para otro español radicado en Cuba, Manuel Isidro Méndez. Había llegado a ella por primera vez, con su familia, años antes de la proclamación de la República española, pero su radicación definitiva en la isla fue inseparable de los avatares del exilio provocado por la sedición y la victoria fascistas. A Méndez se debe la que ha merecido ser considerada en propiedad la primera biografía de Martí: *José Martí. Estudio biográfico* (1925), luego ampliada en *Martí. Estudio crítico-biográfico* (1941). También dedicó al autor de *Versos libres*, al dirigente político, muchas páginas más. Su conferencia de 1948 «Acerca de "La Mejorana" y "Dos Ríos"», en la cual trató episodios de particular significación en la trayectoria del héroe, tuve el gustoso deber de incluirla en el primer volumen –que acaba de aparecer– dedicado por la Casa de las Américas en su serie Valoración Múltiple a José Martí.

En ese volumen puede leerse asimismo «Reflexiones en torno al sentido de la vida en Martí», conferencia ofrecida en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, en 1928, por Fernando de los Ríos. En las líneas que escribí acerca de él para la sección «Sobre los autores» de la citada *Valoración* –y que aquí gloso–, apunté que, en su acercamiento a la existencia y a la obra de Martí, el ex dirigente socialista y ministro de la Segunda República española –de la cual, una vez derrocada, siguió siendo representante en el exilio, donde murió–, fue guiado por el interés en el pensamiento humanista y en la ética. No estará de más recordar que, educado en la Institución Libre de Enseñanza y, en consecuencia, influido por el krausismo español, encarnó la continuidad de lo mejor del ambiente que nutrió la formación de Martí durante su destierro de 1871-1874 en la Península. Buscar en las páginas y en los actos de Martí lo que él tuvo como sentido de la vida fue también la brújula en el empeño exegético de Méndez. No por gusto se ha estimado justo vincular su labor educacional en el Instituto de Segunda Enseñanza de Artemisa con un descollante hecho extraescolar: esa ciudad, relativamente pequeña, aportó una cifra significativa entre los jóvenes que el 26 de julio de 1953 iniciaron otra etapa de lucha armada por la liberación de Cuba. Aquella vanguardia, dirigida por uno de sus integrantes, Fidel Castro, hizo visible su abrazo consciente del ideario martiano. Para ello adoptó un nombre que encarnaba todo un programa de lucha: *Generación del Centenario de Martí*, y a partir de aquel 26 de julio protagonizó los hechos que condujeron al triunfo de la Revolución el 1 de enero de 1959.

Al legado martiano se unieron los aportes de la herencia republicana española, que se hicieron notar también en el México de los años treinta del siglo XX. Ese pueblo dio asilo a una gran cantidad de emigrados españoles, y en los cincuenta acogió a los revolucionarios cubanos que –liberado su núcleo principal, por la presión popular, del encarcelamiento a que se le sometió como represalia por los sucesos del 26 de julio de 1953– se trasladaron a la patria de Juárez para prepararse con miras a continuar luchando en la suya. Aquél era el México de Lázaro Cárdenas, quien, entonces ex presidente, en abril de 1961 quiso combatir junto al pueblo cubano en Playa Girón. El amigo Xosé Manuel García Crego, al presentar este año en La Feria Internacional del Libro de La Habana su traducción al gallego, editada –también por él– con el título *A miña vida. Conversas con Ignacio Ramonet*, el volumen nacido de la entrevista de ese periodista hispano-francés a Fidel Castro, recordó expresiones relevantes de dicho auxilio: en México los exiliados Luis Soto y el coronel Alberto Bayo ofrecieron entrenamiento militar a Fidel y a sus compañeros, entre ellos Raúl Castro y Camilo Cienfuegos, y el argentino Ernesto Guevara, quien se sumó al grupo de cubanos y llegaría a ser el real y legendario Che.

A los ejemplos ya mencionados de españoles republicanos vinculados al pueblo cubano a lo largo de su Revolución, habría que añadir otros que también participaron en ella, o crearon en Cuba sus respectivas familias, fuentes de revolucionarios cubanos. Pero las razones para la gratitud a los protagonistas y herederos de la República española van más allá de hechos puntuales y ostensibles. Quién sabe cuánto ímpetu llegaría como legado de la República asesinada hasta los combatientes que treinta años después de proclamarse esa República, y enarbolando las banderas del socialismo, derrotaron a los mercenarios del imperio en Playa Girón. Esa victoria del pueblo cubano afianzó la obra revolucionaria puesta en marcha con el triunfo del Ejército rebelde, como representante armado del pueblo cubano, poco más de dos años antes. En la ponencia de las Quintas Jornadas recordé que en aquel escenario ubicó Alejo Carpentier un pasaje de su novela *La consagración de la primavera*. Un miliciano que da voz a la victoria del pueblo cubano y rememora su participación en la defensa de la República española, le dice a un compañero de ideas y de armas: «Ésta nos desquita de otras que hemos perdido [...]. En la guerra revolucionaria, que es una sola en el mundo, lo importante está en ganar batallas en cualquier parte».

Ya se ha vinculado aquí a la Revolución mexicana con la República española –que mostró su voluntad de dar paso a una profunda transformación democrática en la sociedad española– y con la Revolución cubana. Una lección que envuelve a esos tres acontecimientos echa por tierra prejuicios que han restringido al ámbito de otras lenguas lo verdadera o presuntamente universal. En español se expresó la Revolución mexicana, pionera entre las grandes del siglo XX, y se expresa la que triunfó en Cuba en la segunda mitad de esa centuria y sigue en pie, con la firme solidaridad de quienes la ven como triunfo de ideales asesinados en otras latitudes, y con la endiablada hostilidad –que también la honra– de sus más feroces enemigos. No serán ajenos a esa realidad los replanteamientos sociales, políticos, revolucionarios, que hoy animan a países de nuestra América que se distinguen por el uso de la misma lengua. Son afanes que tropiezan con los mismos enemigos de la Revolución cubana y, por tanto, del espíritu propio de los mejores frutos y prolongaciones de la Revolución mexicana y de la Segunda República española. En particular, el rastro de ésta lo hacen aleccionador hasta los modos en que ha sido maltratada por la herencia de la cultura de la opresión. Inclúyase en esos procedimientos la decisión papal de beatificar a los reales o presuntos mártires cristianos que escogieron situarse, o determinadas circunstancias situaron, en el bando de los sediciosos y terroristas. Tal beatificación implica olvidar a los mártires que en las filas de la República –nacida de elecciones democráticas– también abra-

zaban la fe cristiana, y no seguían a una jerarquía eclesial identificada con la opresión, el oscurantismo y la opulencia. Al parecer, según ciertas formas de manejar el olvido y condenar el intento de fomentar la necesaria memoria histórica, todo lo que sirva para reclamar la plenitud de la justicia debe enterrarse, o mantenerse sepultado en ignotas fosas materiales o ideológicas, acaso peores. En semejantes manipulaciones se inscribe el uso del lenguaje. Aviesamente los sediciosos se apropiaron del rótulo *nacionales*, y los más visibles herederos de su ideología, su cúpula, no solamente han optado por autobautizarse *populares*, calificativo que debería reservarse para los defensores de un afán republicano que asumió el camino de ser verdaderamente democrático: es decir, representante de los intereses del pueblo.

A empeños homólogos de la República española, naturales afines suyos surgidos hoy en otras tierras, algunos conspicuillos voceros del legado que viene dando vueltas desde el fascismo sedicioso los llaman, peyorativamente, *populistas*. Entre los mencionados herederos no ha faltado el afán de considerar que la aspiración republicana en España se limita exclusivamente a partidos políticos que la proclaman en sus nombres junto con su vocación independentista. La malsana descalificación pretende basarse en que dichos partidos se han visto menguados electoralmente en las reglas de eso que algún político, calificado de izquierda, llama, como hablando en serio, «el juego democrático». Tal «juego» se parece demasiado al «bipartidismo» estilo yanqui, unipolar en el servicio a las clases dominantes. Mientras tanto, los herederos de las nociones de Dios y Patria capitalizadas por los fascistas sediciosos sobresalen en reservar tácitamente el término de *nación* para un concepto centralista y hegemónico de Estado. Desde esa perspectiva condenan el concepto de *nacionalismo* como expresión de la autodefensa de nacionalidades que, dignas como cualesquiera otras, un Estado avasallador arrolló en las mismas redes con que se extendió a base del «legítimo derecho de conquista», que también le dio colonias ultramarinas.

José Martí, quien señaló las manquedades que la Primera República española heredó del colonialismo, y en la lectura de cuya obra reconoció haberse formado el Pablo de la Torriente Brau que murió tempranamente en la defensa de la Segunda República, fue un profundo conocedor de la historia y los pueblos de la entonces metrópoli. En su artículo «Crece», de 1894, cuando se preparaba para desatar la guerra destinada a la liberación de las dos últimas colonias que la Corona española mantenía en tierras americanas, advirtió: «España misma, si tiene ahora esperanza vaga de renacer, tiénela por sus nacionalidades, estancadas durante tres siglos».

Una lección especialmente perdurable de la República española, como de la Comuna de París, consiste en la necesidad que todo proyecto revolucionario tiene de defenderse bien, hasta las últimas consecuencias. Ese deber incluye el tener conciencia de que todo lo que se haga ha de caracterizarse por el afán de plenitud, y encaminarse al cumplimiento de la misión transformadora; pero no se ha de dar ni un paso para complacer exigencias de los enemigos. Estos nunca aspirarán a que el proyecto se perfeccione, sino a que se destruya, si ellos mismos no consiguen derrocarlo. De ahí que la Revolución cubana deba hacerlo todo con el bien de su pueblo y sus responsabilidades humanas como fin, no con el ánimo de satisfacer a sus enemigos. Para éstos, lo que ella haga no estará nunca bien, o no merecerá ser tenido en cuenta, salvo para minimizarlo o escarnecerlo. Entre los muchos y rotundos acontecimientos que evidencian la índole y los modos de actuar de los enemigos de las revoluciones y de la verdadera democracia –es decir, del servicio al pueblo–, cuenta la trampa en que la República española cayó al aceptar la desmovilización de sus Brigadas Internacionales a cambio de que sus enemigos –ajenos a toda ley moral– renunciaran también a recibir ayuda externa. El sostenido apoyo fascista italiano y alemán, decisivo para que los terroristas derrocaran a la República democrática, evidenció la

impertinencia de hacer arreglos y pactos con fuerzas en las que –dígase nuevamente con palabras que recuerden al Che en vísperas del 80.° aniversario de su nacimiento– «no se puede confiar ni tantico así, ¡nada!».

Otra de las lecciones remite a la necesidad de no claudicar ante ningún obstáculo, ante ninguna adversidad, por grande que ésta sea. Después de todo, defender una causa noble y victoriosa no tiene mucho mérito, o el que tiene no es tanto como el de defender causas en peligro de ser derrotadas, o que han sido derrotadas ya pero siguen reclamando el apoyo de los seres humanos de buena voluntad. La experiencia de una República privada del aporte de valiosos dirigentes de alto nivel que dimitieron cuando estimaron que estaba perdida, sin esperar siquiera a que la derrota se consumara, no debe pasarse por alto. Como tampoco debe olvidarse que, una vez derrocada la República por los fascistas, la insuficiente unidad le impidió tener en el exterior la sólida representación que merecía y sus defensores necesitaban que tuviera.

En ello –según se ha escrito– no poco peso habrá que atribuirle al hecho de que la vanguardia comunista, que tanto hecho heroico había protagonizado y seguiría protagonizando, no aceptara un presidente que no fuese el que ella estimaba necesario. No hay que ignorar las grandes razones de esa preferencia, ni menospreciar los méritos de alguien como Juan Negrín, quien se mantuvo firme en sus principios y era el presidente que aquella vanguardia quería. Pero se habla de la dirección de la misma vanguardia comunista, o llamada a serlo, que procederá situar en la generalización que en su texto citado Félix Santos (véase nota 2) hace con respecto a un momento crucial de la historia de España. Veamos.

Ya para entonces la *Pasionaria* se hallaba en un punto del camino en que no sería posible esperar de ella, y hasta injusto habría sido reclamárselos, los ímpetus que la habían distinguido, y que merecen recordarse por encima de las deserciones y complicidades inmorales que otros hayan cometido, y de las manipulaciones mediáticas –denuestos incluidos– que se desplegaron y aún se acometen para borrar el ejemplo de la gran luchadora. Tras señalar las vicisitudes que le impidieron a la República en el exilio tener la solidez que necesitaba para hacer frente a la complejidad política en gestación, Santos expresa: «No obstante, la República española mantuvo en el exilio su continuidad, siquiera fuese de forma simbólica, hasta el año 1977 en que sus órganos representativos se disolvieron al comprobar que la transición democrática iniciada en España iba en serio» (*comprobar* es el verbo usado por el autor, pero la cronología de los hechos –no hablemos del contexto– permite sustituirlo por *creer*.) Esa experiencia, magnificada por una gran cantidad de medios, se asocia al hecho de que muchos han querido y aún quieren aplicar a otras realidades la vara de medir nacida de tales acontecimientos. La Revolución cubana –a no pocos de cuyos protagonistas más representativos se les ha oído, o leído, valorar altamente lo que para ellos significó y significa la experiencia de la República española– encarnó el triunfo de ideales emancipatorios, y, por tanto, representó la derrota de las fuerzas que en Cuba eran similares a las que en España asesinaron la República.

La fortaleza que a la Revolución cubana le ha venido del triunfo de fuerzas verdaderamente populares, que actuaron en estrecha y profunda coordinación con el conjunto del pueblo, explica su capacidad de sobrevivencia y afianzamiento contra obstáculos descomunales. Y explica la pertinacia de los afanes de sus enemigos por derrotarla. El terrorismo y el bloqueo económico, financiero y comercial del imperio se han estrellado contra ella. Pero él no desmaya. Un denominado «Plan Bush», voluminoso y harto agresivo –y así y todo con un capítulo secreto que no podrá ser sino coronación de su agresividad–, incluye el nombramiento de un gobernador que se haría cargo de los asuntos cubanos en caso de que la Revolución fuese derrocada.

Ese agente imperial, remunerado con fondos del contribuyente estadounidense, ya ha sido recibido por funcionarios de algunos gobiernos incapaces de negarle la complicidad al amo que rige la OTAN. Amo y lacayos olvidan que Cuba no solamente aprendió lecciones teóricas de 1898 y de sus consecuencias, sino que, si en aquel año había probado su capacidad para luchar contra un imperio decadente, su victoria de 1959 y sus actos posteriores mostraron su capacidad para librarse de un imperio en la plenitud de su poderío, y en crecimiento.

Pero sería iluso, y tal vez costoso, descartar confiadamente el peligro de una devastadora agresión militar foránea, del tipo de la llevada a cabo por el imperialismo estadounidense y sus cómplices internacionales en Iraq y en otros sitios, y ubicada en el camino de la complicidad fascista internacional que apoyó a sus correligionarios sediciosos en España. Pero Cuba mantiene su rumbo, incluida la respuesta –que ya ha tenido capítulos palmarios como el de Playa Girón– a una posible agresión del imperio que la asedia por medio del terrorismo militar y económico, y con la complicidad de lacayos de otros lares. Pese a todo, el rumbo cubano ha pasado y pasará por un hecho decisivo: 1959 significó el afianzamiento en su territorio de los republicanos, no de los fascistas; de los revolucionarios, no de los esbirros; de los libertadores, no de los torturadores; del patriotismo emancipador, no del nacionalismo opresivo.

Agradecer el aporte que numerosos emigrados republicados dieron a Cuba, y a otros pueblos del mundo, debe ir aparejado con la conciencia de que esa gran contribución fue el reverso de lo que para España sería una tragedia de graves consecuencias. El pueblo español pagaría caro el éxodo que ha recibido nombres como el de *mutilación* o *sangría cultural*, como en su texto citado Félix Santos recuerda que la llamó José Luis Abellán («Una sangría cultural», *El País*, 28 de enero de 1993). Estamos ante conceptos precisos si no se les reduce al ya aludido sentido gremial con que a veces se limita el significado de *cultura*. La pérdida sufrida por España fue de abarcamientos y magnitudes tales que se manifestaría no solamente en el ámbito de las ciencias, o en el de las letras y las artes, o en el de otras disciplinas específicas. Alcanzaría a la estructura del país como organismo social, y acarrearía sustanciales implicaciones en la política y en todos los órdenes de la sociedad, en la vida del país. Ello tampoco autoriza a menospreciar el impacto particular que –por la importancia de la educación en el desarrollo de un pueblo– representaría para la sociedad española el cercenamiento de sus claustros universitarios. Fue un cercenamiento planificado contra los profesores más brillantes y progresistas, y en favor, por tanto, del oscurantismo afianzado por las fuerzas que asesinaron la República. En 2007 asistí en el Aula Magna de la Universidad Complutense a un acto de restitución moral de profesores víctimas de la «depuración» franquista. La nómina allí leída resultó estremecedora, tanto por la cifra como por la altura de quienes se vieron privados de seguir ejerciendo la docencia en su patria, capitalizada por las fuerzas fascistas. Varias víctimas de aquella mutilación han sido recordadas en estos apuntes presurosos. Entre los que aún no se han mencionado hay algunos que no pueden pasar inadvertidos para alguien que haya estudiado letras en Cuba, con programas en los cuales han ocupado el lugar relevante que les corresponde libros como el *Manual de métrica española*, de Tomás Navarro Tomás, y los estudios sobre literatura española debidos a Ángel del Río y a otros. Dichos programas se han beneficiado también con aportaciones entre las que figuran las de Federico de Onís al conocimiento del modernismo hispanoamericano y al papel desempeñado por José Martí en ese movimiento. A esos ejemplos de profesores que ejercían en universidades de otros países, señaladamente en los Estados Unidos, es justo, insoslayable, añadir el de Juan Chabás, uno de los profesores españoles que nutrieron el claustro de la cubana Universidad de Oriente, y a cuya valoración contribuye en la Universidad Autónoma de Madrid la colega Car-

men Valcárcel. Los libros de Chabás, especialmente su maciza *Antología general de la literatura española,* fueron asimismo, son, de gran utilidad para la enseñanza en Cuba.

Sin pretender agotar la relación que puede hacerse de las lecciones de la República española asesinada por fascistas, apúntese apenas otra –acaso la mayor de todas– que debe agradecérsele no solamente desde Cuba: lo peor no es figurar en el bando de los derrotados, ni siquiera en el de los vencidos. Desde el inicio de la propiedad privada hasta nuestros días, el prestigio de vencedores lo han capitalizado las clases dominantes, opresoras, que una vez y otra han ignorado el ímpetu, el sacrificio y los derechos de los oprimidos, o se han aprovechado de ellos. En esa generalización cabe señalar dignísimas excepciones, casos sobre los cuales guardan silencio o no dicen lo justo los medios poderosos. Mencionemos al Vietnam que ha derrotado imperios –y que ahora se escarnece con acusaciones de haber torturado al invasor terrorista que aspira a ser presidente de los Estados Unidos–; y no perdamos de vista los que todavía son escenarios de afanes justicieros más o menos aislados, o en camino de ineludible perfeccionamiento. Baste recordar la propia Revolución cubana y el replanteamiento diverso que viven en la actualidad varios pueblos de nuestra América, satanizados no casualmente por los medios ya aludidos, que tienen tufo –cuando no hedor– a colonialismo y a OTAN.

Para las personas honradas lo más repudiable no será estar en el bando de los vencidos. En él se puede contar con la digna compañía, entre otros, de Cristo, Espartaco y el Che, y de los defensores de Numancia, a quienes los agresores habrán destinado en su momento los calificativos que entonces se usaban como equivalentes de *terroristas*. Lo vergonzoso y sin remedio será estar en el bando de los vendidos, aunque ubicarse en este último sea rentable y ofrezca beneficios materiales, ya sea con hipoteca financiera o moral, o con ambas. Los beneficios alcanzados con ella nunca serán mayores ni más seguros que los detentados por los dueños del poder, vencedores en un tramo de evolución humana que no ha acabado de salir de la prehistoria. Sépanlo quienes se empeñan en dar por terminado el afán humano de emancipación y dignidad, abonado por lo mejor y más perdurable de una República que sigue siendo aleccionadora por sus propósitos y sus heroicidades, y hasta por su derrota. La lección menor no sería la que, una vez derrocada la República, seguiría emanando de su falta de unidad, carencia en la cual debe insistirse, y que, a pesar de su heroísmo, le impidió tener en el exilio la representación fuerte necesaria para hacer frente a sus enemigos, y a los «juegos democráticos» que estuvieran por venir.